



ALFREDO
JOCELYN-HOLT
LETELIER



Relectura de Gonzalo Vial

ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER

Historiador y escritor. Doctor en Historia por la Universidad de Oxford (Reino Unido). Trabaja como profesor asociado de la Facultad de Derecho y de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Someter una obra periodística a relectura suele ser arriesgado. En especial, las columnas de opinión. Son contingentes, están pensadas para el momento. Recopiladas en antología puede que pongan al descubierto obsesiones, sesgos, una misma retórica reiterada, en fin, majaderías propias del oficio. Aunque, quizá, se produce el efecto opuesto, se vuelve a apreciar al autor y se le rescata. Por allí yo diría que ocurre con la selección compilada en *Gonzalo Vial Correa. Política y crisis social 1994-2009* publicada por IdeaPaís. Pasa la prueba. Nos devuelve al considerable crítico social que fue Vial, y sus denuncias no solo impactan por segunda vez, el 18-0 avala su indignación. Un acierto, entonces: su nuevo editor debiera sentirse satisfecho.

Lo que obsesiona a Vial es la pobreza endémica en Chile, sus efectos en la familia, y cómo desde ahí

se fractura el tejido social, produciendo marginalidad y violencia. Fenómeno atribuible además a la desastrosa educación pública que no enseña ni siquiera a «entender lo que se lee»; no sirve de palanca para arrancar a grandes sectores de la miseria, la que persiste a pesar del progreso e intentos de erradicarla. Es que la demagogia, la ineptitud del Estado y que al resto no nos estremeciera habrían sido inauditos.

La crítica es potente. En su calidad de historiador, insiste en entroncarla con la «cuestión social» de fines del siglo XIX, el malestar durante el Centenario y el socialcristianismo del siglo pasado. Hombre de fuertes convicciones (podría calificársele de intransigente) y además detractor de oligarquías pasadas y presentes, calza con el perfil de «conservador antioligárquico», junto a Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre y Mario Góngora. Con la particularidad de que en Vial se da una actitud muy suya, sentenciosa, displicente, en que critica duramente; pero, más que querer convencer, lo que le interesa es dejar sentado el punto sin entrar a debatir. Incluso, castiga, como cuando termina culpándonos a todos por el horrible asesinato de Hans Pozo: «Todos los miembros o satélites del *establishment...*, todos fuimos, todos lo matamos, todos lo descuartizamos». Tampoco es que hiciera mella su diagnóstico; si se hubiese corregido el curso hasta entonces, no estaríamos valorando su vehemencia algo trágica. Pasa con Vial que cobra estatura en la medida que habla a la mala conciencia, aunque al final acaba solo, huérfano. Debió haber sido DC por afinidad socialcristiana, pero dicho partido lo defraudó al ser temporizador. Lo que es la Iglesia, en estas columnas brilla por su ausencia, quizá por lo mismo.

Hay quienes estiman que Vial sería un independiente. No estaría tan seguro. Se le confiaron medios periodísticos de oposición durante la UP; fue ministro de la dictadura, abogado del Consejo de Defensa del Estado, miembro de la Comisión Rettig; le encomendaron libros la Armada, el Senado, la Sudamericana de Vapores y *El Mercurio*; su

biografía de Pinochet es apologética. No, Vial fue un intelectual orgánico, y además, muy abogado en sus defensas y acusaciones.

Esto último, ser un hábil abogado de causas, cuesta olvidarlo al leer esta antología. Es que explica lo potente que es su crítica social: la refuerza. No tan así las otras causas que aparece promoviendo. Como crítico político es inconsistente. Censura a los partidos sin excepción por ser doctrinarios y principistas (sin embargo, él también lo es); le reprocha a la derecha por encandilarse con caudillismos; sin embargo, fue ibañista, pratista, y adhirió a Pinochet. En cuanto a derechos humanos, es cierto, se jugó por ellos antes del 90 y a los detenidos desaparecidos los asumió como una causa moral personal, pero cuando trata la tortura relativiza (dando a entender que crímenes de ese tipo solo pueden recibir condena divina, no histórica). En efecto, pasa que, al abordar la historia reciente, estas columnas se vuelven más débiles. Repite por enésima vez su tesis en que lo achaca todo a «crisis», pero no explica cómo se las sobrevive, siendo tan terribles y terminantes. Y me inclino a pensar que en lo referente a las críticas que muchos le hemos hecho (que es anecdótico, cero conceptual y de un localismo asfixiante) estas columnas no nos desmienten.

Así y todo, estas debilidades permiten apreciar lo otro, que sea un formidable crítico social. Ese es el valor de esta recopilación. Y es que ser abogado de causas sociales lo exime de su radicalidad e intransigencia. Se entiende en ese caso que su convicción sea incondicional y él, un azote: la humanidad está de por medio. En cambio, respecto a historia y política (incluso derechos humanos), que argumente como abogado lo hace a uno de inmediato pensar en quienes representa, por qué los defiende, qué tan interesada o comprometida es la intención detrás de la hábil argumentación y de no pocos sofismos con que se sirve. Debió saberlo, en historia y en política no convence ser juez y parte, es decir, pretender estar por sobre todo, a la vez que asociado a fracción y militancia. 